

ESTA VIDA NO ES LA VIDA

Con el título de «Esta Vida no es la Vida» estamos reeditando un libro antiguo y maravilloso, de Monseñor Gaume, el cual dice que trata de consolar, animar, ilustrar y desengañar del error de los que creen que esta vida es la vida real y definitiva; porque este es el más radical, el más cruel, el más desastroso, y por desgracia en nuestros días el más extendido de todos los errores.

Por eso en esta hoja vamos a tratar de decir algo para que podamos entender que esta vida no es la vida para la que hemos nacido, sino tan solo un camino para ir a la vida verdadera que es la eterna, la que empieza precisamente cuando acaba ésta.

Santa Teresa en sus poesías tiene un verso que dice así:

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.

FIN DEL HOMBRE

¿Cuál es mi fin? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Para que estoy en el mundo?.

He aquí las preguntas que debe hacerse cada uno. Son la primera meditación que San Ignacio propone en sus ejercicios, y que él llama «principio y fundamento»...

¿Cuántos no saben de dónde vienen ni a donde van!

Se cuenta que una noche entró un policía en un tren de lujo que corría a gran velocidad. Entra en un departamento de primera; despier ta a un joven que duerme en un diván tranquilamente; le pide la documentación, y a todas y cada una de las preguntas del policía responde el joven con una carcajada. No lleva ninguna documentación; no sabe ni de donde viene ni a donde va. Es un pobrecito loco que se ha escapado de un manicomio.

Así le pasa a tantos pobrecitos hombres que en el viaje de la vida presente no saben de

donde vienen ni a donde van.

¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Quién me ha creado y conserva mi vida?. -La Biblia empieza diciéndonos que Dios es el Creador del mundo y del hombre. Preguntémoslo:

Hace 100 años ¿dónde estábamos?. Cada uno de nosotros puede decir que no existía. Entonces ¿quién me ha puesto en el mundo?. *Dios creó el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos.* (Sal. 24, 1). Luego el hombre, cada uno de nosotros, en último término es hechura de Dios.

Dios, sirviéndose de mis padres me dió el cuerpo. El creó luego mi alma y tuvo lugar mi nacimiento. En la Biblia leemos: «*Sabed que Yahvé es Dios; El nos ha hecho y somos suyos*» (Sal. 100, 3).

¿A DONDE VOY? ¿PARA QUE ESTOY EN EL MUNDO?

El hombre es un viajero hacia Dios. El problema central de la vida humana es la felicidad; pero ¿dónde está?.

-*Salomón* disfrutó de todos los placeres terrenos, y terminó diciendo: «*Vanidad de vanidades y todo vanidad*».

-*San Agustín*, después de una vida de pecado y de placeres carnales, se convirtió y se volvió a Dios diciendo: «Nos hiciste, Señor, para Tí, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en tí».

-*Eva Lavalier*, la actriz tan aplaudida de París, dijo a su amiga: «Tengo oro y plata, y todo cuanto se puede tener en esta vida, y soy la más desgraciada de las mujeres». Mas vuelta a Dios con una sincera conversión, exclamó: «Nunca he sido más feliz que el día que encontré a Dios».

Consecuencias: Nuestro corazón tiene ansias de felicidad, y al no hallarla en las riquezas ni placeres, sino en Dios infinito y eterno, que ha puesto en nosotros aspiraciones infinitas, solamente El las puede colmar y es nuestro fin, y por tanto, no hemos nacido para las cosas de

la tierra.

Luego el hombre ha nacido para conocer, alabar y servir a Dios en esta vida y después ser eternamente feliz con El en el cielo.

Dios no necesita de nuestras obras ni de nuestros servicios; si nos manda cumplir los mandamientos y que le sirvamos con amor, es para que merezcamos el cielo; pues es justo amar a quien tanto nos ama, y servir con amor a quien tan grandes cosas nos promete.

NUESTRO FIN SE REDUCE A GLORIFICAR A DIOS

Alguno dirá: Si Dios es eternamente feliz y no necesita de nuestras alabanzas ¿para qué glorificarle?.

Es necesario saber que glorificar a Dios es conocerle, amarle y alabarle por sus infinitas perfecciones.

Dios ciertamente es eternamente feliz, y si El quiere que le glorifiquemos es para nuestro bien, ya que El no lo necesita.

Como dice San Agustín:

«La gloria de Dios es nuestra gloria. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor poque le alabes, ni peor si le vituperas o blasfemas. Tú alabándole, te haces mejor, y blasfemándole te haces peor. El sigue siendo el mismo».

Dios sabe lo que necesitamos... Debemos tener confianza en El, porque El lo sabe todo y lo ve todo.

Dios es inmenso, está en todas partes.

Dice la Biblia: «Dios no está lejos de cada uno de nosotros, puesto que en El vivimos, nos movemos y existimos» (Hech. 17, 28).

«Este es el Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él... Y no necesita del servicio de los hombres... antes bien, El mismo es el que está dando a todos la vida, el aliento y todas las cosas» (Hech. 17, 24-25).

Dios es el Creador de todo, y al hombre lo ha hecho Dios para que sea el rey de la creación.

Dios creó todas las cosas de este mundo para servicio del hombre; pero al hombre lo creó para El.

Algunos piensan que el hombre no es más que un simple animal racional. Pero hay una diferencia infinita de los animales al hombre. Los animales no tienen alma, y cuando mueren

se destruyen para siempre. Sin embargo, el hombre, cuando muere nace para una vida que no acaba nunca.

La verdadera vida del hombre empieza cuando muere. Al morir, traspasa el muro que lo separa de este mundo y pasa a una vida que es eterna, feliz o desgraciada, tal como él mismo se la haya preparado desde este mundo.

Dice la Biblia:

«Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre» (Mt. 13, 43).

«Los que hubieren sido sabios, brillarán como la luz del firmamento, y como estrellas por toda la eternidad aquellos que hubieren enseñado a muchos la justicia» (Dan. 12, 3).

«Los justos vivirán eternamente y su galardón está en el Señor... Recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria y una brillante corona» (Sab. 5, 16).

«Dios nos transformará nuestro cuerpo vil y lo hará conforme al suyo glorioso» (Fil. 3, 21).

«Este nuestro cuerpo será puesto en la tierra en estado de corrupción, y resucitará incorruptible. Será puesto en la tierra feo y disforme, y resucitará glorioso. Será puesto en la tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor; será puesto en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará glorioso y espiritual» (1 Cor. 15, 42-44).

«Yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que para siempre se manifestará en nosotros» (Rm. 8, 18).

«Las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria» (2 Cor. 4, 17). «Lo que ni el ojo vió ni oído oyó, ni pasó al hombre por pensamiento, lo tiene Dios preparado para aquellos que le aman» (1 Cor. 2, 9).

Pero no todos resucitaremos para la gloria. Veamos cómo Dios como justo juez, premia o castiga, según los méritos de cada uno:

«Es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas obras que haya hecho mientras ha estado en este mundo» (2 Cor. 5, 10).

«Y los que hayan hecho obras buenas resucitarán para la vida; pero los que las hayan hecho malas, resucitarán para ser condenados» (Jn. 5, 29).

LA ETERNIDAD

Dijo Jesucristo: «*La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve o conoce al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y Yo lo resucitaré...*» (Jn. 6, 40).

«*Dios ha de pagar a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que perseveren en las buenas obras*» (Rm. 2, 6-7).

Aprovechemos el tiempo para ganar la eternidad.

San Juan de Avila solía decir: «El que cree en la eternidad y no se hace santo, merecerá que lo encerrasen en una casa de locos».

Por eso los santos veían este mundo como si fuera un grandísimo manicomio donde se cometen las mayores locuras e insensateces por todos los hombres.

Consideremos este ejemplo:

Si a un niño le dijeran: «Si te portas bien hoy en clase, mañana te daré unas vacaciones que durarán un mes, y te daré el dinero suficiente para que puedas ir donde tu quieras, incluso a Disneylandia».

¿No sería una locura no aceptar tal proposición?

Pero si en vez de la oferta anterior le hicieran esta otra: «Si te portas bien una hora en clase, te daré unas vacaciones de todo un año, con todo el dinero que puedas gastar durante todo ese tiempo».

Cierto que si esta vez no aceptaba, su locura aun sería mayor.

Pero aun podríamos mejorar la hipotética proposición. Supongamos que un multimillonario con poderes prodigiosos le dice: «Sólo porque te portes bien durante un minuto en clase, te daré todo lo que tengo, que es tanto que no lo podrías gastar mientras vivas».

¡Por un solo minuto de buen comportamiento, la felicidad para toda la vida!

¿Qué diríamos si no aceptaba?

-Rotundamente que estaba loco.

Pues resulta que la oferta que Dios nos hace a cada uno de nosotros es todavía mucho mejor; luego, si no la aceptamos es porque estamos completamente locos.

RAZONEMOS:

La mejor oferta que se le hizo al niño, fue la del multimillonario, que le ofreció la felicidad para toda la vida a cambio de un solo minuto de

buen comportamiento.

Supongamos que la vida del niño iba a ser de cien años.

¡Por un minuto de buen comportamiento, cien años de felicidad!

Supongamos que dicho millonario tuviera poder para alargar la vida todo lo que quisiera, de manera que si el buen comportamiento del muchacho ascendía a dos minutos, le concedería 200 años de felicidad; y si eran tres minutos, serían 300 años los que podría vivir el muchacho sin hacerse viejo, siempre en plena juventud, sin ninguna enfermedad y siempre con todo el dinero que quisiera gastar.

¡Por tres minutos 300 años; por diez minutos, mil años, y así todos los que el muchacho quisiera conseguir!

Cualquiera de nosotros estará de acuerdo en afirmar que si el muchacho no era tonto, debiera aprovechar todos los minutos de su vida.

Sin embargo, esto que acabamos de considerar como una hipótesis ficticia, es un hecho real, y la oferta se nos hace a todos, incluso en condiciones todavía mucho mejores que las que acabamos de considerar.

Veamos:

Supongamos que el niño del ejemplo fuera a vivir cien años, y que había decidido aprovechar todos los minutos de su vida para conseguir la más larga felicidad. ¿Cuántos años de felicidad le podrían corresponder por todos los minutos bien aprovechados de una vida de cien años?

¿Cuántos minutos contendrán cien años?

- Poca cosa: 52.596.800

Y al haberle prometido cien años de felicidad por cada minuto de su buen comportamiento, ¿cuántos años le correspondían?

-No muchos: 5.259.680.000.

¡Una miseria de diez cifras!

Aunque nos parezca una barbaridad, no dejen de ser una miseria, en comparación de lo que nos ofrece Dios. Porque ¿qué son todos esos años comparados con la eternidad?

-Nada: menos que una gota de agua comparada con el más océano. Cualquier cantidad de años o de siglos, por grande que la supongamos, tiene fin; pero la eternidad no tiene fin.

Pues si decíamos que el muchacho del ejemplo estaba loco si no aprovechaba bien todos los minutos de su vida, ¿qué diremos del cristiano que no aprovecha la suya siendo así

que lo que se le ofrece es infinitamente más?.

¡Porque la eternidad no es una cosa de millones de años, ni tampoco de billones de siglos, ni siquiera se trata de muchísimos millones de trillones de miles de siglos...?.

¡La eternidad dura SIEMPRE, es algo que no tiene fin, y eso no se puede escribir con números porque no tiene límite y nunca terminará!.

EL CIELO:

El cielo es nuestra patria en la que estamos destinados a vivir eternamente, siempre en plena juventud y disfrutando de la más perfecta felicidad.

San Pablo que fue arrebatado por Dios hasta el cielo, dice que allí *«oyó palabras inefables que el hombre no puede expresar»* (2 Cor. 12, 4) y que jamás el ojo humano vió, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman» (1 Cor. 2, 9).

La imaginación del hombre puede pensar cosas maravillosas; sin embargo, todo lo más bello y glorioso que se pueda imaginar es basura en comparación con el cielo.

¡Qué locura la del hombre, que estando destinado al cielo se contenta con la basura de este mundo, y por una felicidad aparente que sólo dura un momento, se pierde la felicidad verdadera que dura para siempre!.

El Apostol San Juan nos dice: *«Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios, más lo que seremos algun día no aparece aún. Sabemos que cuando se nos manifieste en la gloria seremos semejantes a El...»* (1Jn. 3, 2).

Dicen los santos que en el cielo, en cierta manera, seremos como dioses, porque Dios con la gracia nos diviniza y nos concede su misma naturaleza, y nos hace partícipes de su poder, de su sabiduría y de todas sus perfecciones.

El hombre en el cielo conocerá todos los secretos de la naturaleza, podrá trasladarse de un lugar a otro con la velocidad del pensamiento, y podrá hacer todo lo que quiera, ya que allí satisfará Dios todos nuestros deseos, concediéndonos todo lo que queramos.

Dios que es ser más poderoso y feliz, nos ha hecho sus hijos y herederos de toda su gloria.

Sin embargo, la mayoría de los hombres renuncian a toda esa felicidad por no querer amar y obedecer a Dios guardando los Mandamientos.

¡Qué locura y qué insensatez!.

EL INFIERNO

Pero la locura del hombre resulta infinitamente mayor si consideramos que, lo quieran o no, todos los hombres después de la muerte tenemos que resucitar para una vida sin fin, que ha de ser feliz en el cielo o infeliz en el infierno.

Allí no cabe el suicidio; si te has equivocado y caes en el infierno, no podrás decir: «como esto no me gusta, acabaré con mi vida suicidándome».

No: allí no es posible el suicidio; aunque no quieras tendrás que aguantarlo siempre.

Dice la biblia: *«Entonces los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; desearán morir, pero la muerte huirá de ellos»* (Ap. 9, 6).

Es terrible lo que dice la Biblia del infierno: *«Serán lanzados vivos en un estanque de fuego que arde con azufre»* (Ap. 19, 20). *«Será como un mar de vidrio revuelto con fuego»* (Ap. 15, 2). *«El humo de su incendio estará subiendo por los siglos de los siglos»* (Ap. 19, 3). *«Y se despedazarán las lenguas por el exceso de su dolor»* (Ap. 16, 10).

Y esto es palabra de Dios; palabra infalible que no puede fallar. *«Es imposible que Dios mienta»* (Heb. 6, 18).

Cuando la Virgen de Fátima mostró a los pastorcitos el infierno, con lágrimas en los ojos no dejaban de clamar: ¡Pobrecitos los pecadores!. ¡Estarán allí abrasándose siempre, siempre, siempre!. ¡Oh si pudieran comprender lo que será estar siempre en el infierno!.

Amigo: dá gracias a Dios porque aún estas a tiempo para elegir, y si estás en pecado, estremécete, llora y corre a confesarte, porque quizá mañana ya no tengas tiempo.